

Y sujetándose el sombrero, y recogiendo el manteo que, ahuecado por el viento, volaba en todas direcciones, se iba aproximando á la casa:

Pero ¿y cómo demontres les entro para decirles lo que ocurre? pues buena está la madraza de doña Mercedes, caramba!

Nada, nada. Yo me meto callandito en la casa; busco á D. Santiago, que es hombre de más aguante, y en dos palabras despacho: su hijo Luis se ha ido á la sierra con Nicanor y otros á buscar á Juan, y me ha encargado que se lo diga, y que volverán esta noche. Con que ahora usted se lo dirá á D.^a Mercedes. Y santas pascuas: yo me largo y allí se las entiendan. Es lo mejor, caramba, es lo mejor.....

Había llegado á la puerta y describiendo la aldaba, procuraba entrar sin ruido en el portal; pero no había dado cuatro pasos cuando D.^a Mercedes, que lo vió de arriba, le gritó:

—Bienvenido, D. Cirilo. ¿Cómo se ha atrevido usted con este tiempo á salir de casa? Algo muy grave ocurre; de seguro.....

—*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

—¿Qué dice usted?

—Nada, D.^a Mercedes. Ya subo.

¡Pues la hemos hecho buena!, murmuraba al subir trabajosamente los escalones.—Ni que la mala suerte me quisiera llevar siempre la contraria, caramba!

D.^a Mercedes lo esperaba en el rellano de la escalera.

—Con que á qué debo el gusto de su visita? Ya sabe usted el placer que tenemos en verle por esta su casa; pero ahora nos tiene muy olvidados, y se pasan días sin que nos de la satisfacción de tenerlo por aquí; pero ni uno solo sin que lo echemos muy en falta. Así es que me sor-